

Coro, después de una marcha de ciento cincuenta leguas, el brigadier Ceballos que allí mandaba le derrotó y puso en precipitada fuga.

Bolívar y Miranda, pues, no podían llegar ni en mejor ocasión, ni en peor situación.

Pero antes que ellos iba á entrar en juego el Congreso de Caracas, que se reunió á primeros de 1811, sin demostrar de una manera franca su hostilidad á España, por cuyo motivo formaban en él hombres como Moya leales á la madre patria, pero este estado de cosas era insostenible, y como todo cae del lado que se inclina, el Congreso caraqueño, que principió proclamando los mismos principios políticos que la revolución española, acabó por proclamar la independencia del país, como obligado por la revolución popular del 5 de Julio, en cuyo día fueron arrastradas y pisoteadas las banderas y escarapelas españolas. Seis días después, el canario Díaz Flores y el caraqueño Sánchez intentaron una contrarrevolución al frente de sesenta hombres, pero con tan mala suerte que, á la hora de haber iniciado el movimiento, cayeron en manos de los revolucionarios caraqueños que los trataron con la mayor crueldad, pues, fueron fusilados junto con otros catorce compañeros en la tarde del 15 de Julio, y siguiendo las bárbaras costumbres de la época, fueron luégo ahorcados para infamarles, y después decapitados, exponiéndose sus cabezas en varios puntos de la ciudad y sus inmediaciones.

En Valencia la contrarrevolución fué afortunada en un principio, pero antes de poder ser socorrida por los de Maracaibo, se presentaron allí Miranda y Fernando Toro inspector de milicias, entrando á la ciudad á sangre y fuego tras de un violento combate, repitiéndose desgraciadamente los excesos de Caracas, pues hubo fusilamientos, degüellos, y condenas á presidio, cuando tanto le convenía á la revolución mostrarse noble y clemente. Toro murió después, de la herida que recibió en este combate de Valencia.

En otros puntos de Venezuela, en la Guyana, por ejemplo, la bandera española imponía aún respeto á los que la atacaban, gracias á la pericia militar de Quevedo, y á no haber ido allí los caraqueños con fuerzas bastantes, y en general por lo descosido del movimiento revolucionario, que se entregó á la obra de la reconstitución política del país cuando todavía no se había de pensar mas que en combatir por la existencia.

Antes de entrar en el gran período de 1812, tan decisivo en América como en España, veamos lo que había pasado en el resto de América, y prin-

ciemos por Buenos-Aires, en donde tan comprometida hemos visto ya la autoridad española, y en donde el exceso de celo de la Infanta Carlota no hizo mas que empeorar la situación, pues esta señora, preveyendo lo que había de suceder, se adelantó á los acontecimientos sembrando la desconfianza y el temor por todas partes, pues fueron muchos los que creyeron que lejos de querer conservar la Infanta á Fernando aquel pedazo de tierra española que venía ya amenazada por los franceses, lo que quería era rodear el imperio de los braganzas expulsados de Portugal y reducidos al Brasil.

Tal era el estado de confusión y angustia que reinaba en el Plata cuando llegaron el 14 y 23 de Julio de 1808 noticias de lo que ocurría en España. Elio, que allí mandaba, se apresuró á jurar por rey á Fernando VII, y Liniers, había resuelto que el acto tuviese lugar en todo el vireinato el 31 de Agosto inmediato, cuando le obligó á adelantar la ceremonia Sassenay, emisario de Napoleon, para que se reconociese y jurase á José. Juróse, pues, fidelidad á España y á Fernando el 31 de Agosto, con lo que se dió por contestada la orden del emisario francés.

Francés Liniers, los exaltados, que lo mismo los había en América que en España, principiaron á ver con malos ojos al virey, de cuya lealtad se permitieron dudar, cuando no había en su conducta otra incorrección que la de haber aplazado por conveniencias del servicio para el 31 de Agosto la jura de Fernando que debía tener lugar el 12, según la cédula que se le había comunicado; falta, si la hay, que ya hemos visto como se apresuró á subsanarla al presentarse el comisario de Napoleon.

Pero desgraciadamente mandaba en Montevideo el ultra é intransigente Elio, quien se permitió escribir personalmente á Liniers sobre tan delicada y escabrosa materia. Liniers ordenó que Elio se presentase á Buenos-Aires á sostener lo que decía, los de Montevideo reclamaron en vista de la situación y Liniers destituyó á Elio reemplazándole con Michelena, siendo esto ocasión para que los de Montevideo, airados con la medida, protestaran de lo hecho por el virey, nombraran su Junta y Elio continuó en su puesto.

Creyó Liniers que para impedir mayores males no debía desaprobár lo hecho en Montevideo, pero bien pronto hubo de convencerse que para una autoridad, la menor abdicación se convierte en una destitución, porque los buenos aireños creyeron que si para Montevideo era buena una Junta, ésta no esta-

ría de más en Buenos-Aires y la reclamaron el día de año nuevo, ó sea el 1.º de Enero 1809. Liniers no se mostró dispuesto á transigir esta vez, pero tampoco quería, como era de su deber, cargar con la responsabilidad de sofocar el movimiento popular por la fuerza, por cuya razón propuso á las autoridades y notables de Buenos-Aires ó la represión ó su dimisión, aceptándosele al fin esta que se hizo pública, pero los comandantes de los batallones de patricios no se conformaron con ésta que ellos llamaron destitución del virey y repusieron á éste en su puesto, siendo á seguida encarcelado Alzaga alcalde de Buenos-Aires, quien fué relegado junto con Villanueva, Santa Coloma y Neira á la Patagonia, y aunque se dictaron algunas sentencias de muerte, Liniers nunca las autorizó.

Liniers creyó que debía destituir los batallones de catalanes, gallegos y vizcaínos que eran los que se habían mostrado más revoltosos, pero esto no debió hacerlo para no lastimar á aquellos patriotas con quienes podía contar ciegamente para defender á España, aun cuando merecieran alguna reprensión por su excesivo é intempestivo celo.

¿Tuvieron los sucesos de Buenos-Aires su mano oculta, como decimos hoy? No puede negarse lo que hemos dicho antes; el grande y excesivo celo de la infanta Carlota, que tantas veces comprometió en España la revolución española, produjo en América todavía más funestos resultados. Queriase en el Brasil que la Infanta fuera reconocida por cabeza de América durante el cautiverio de Fernando VII, con esto el Brasil se preparaba indudablemente por si llegaba el tiempo de alzarse con la herencia española, y luégo para recuperar toda la banda oriental del Plata que había poseído y perdido y que el conde de Linares estaba dispuesto ahora á revindicar con seis mil hombres que envió á la frontera. A los manejos brasileños se unieron los de los ingleses que no nos habían perdonado su humillación y querían á toda costa meterse por el Plata, y dicho se está que á la vez que se fomentaban los trastornos en la Colonia, la guerra que allí se hacía al virey repercutía en España hasta el punto de obtenerse de la Junta Central la destitución de Liniers, á quien, sin embargo, se procuró dorar su situación con una pensión, pero no por esto sintió menos el que ya era jefe de escuadra y conde de Buenos-Aires el agravio que se le hacía, por cuyo motivo al entregar el mando á Cisneros, pidió permiso para internarse ciento cincuenta leguas tierra á dentro, y como las milicias quisieran tenerle, tomó una de sus pistolas y dijo que primero

se levantaría la tapa de los sesos que dejar de obedecer las órdenes de España.

Cisneros no era hombre de las necesarias condiciones de carácter que en estos momentos críticos exigía su cargo, y además, las terribles noticias que de la metrópoli le llegaban, llenaban su espíritu de turbación y espanto.

La disolución de la Junta Central y la institución del Consejo de Regencia, produjo en la Plata la misma consternación que en Costa Firme. Buenos patriotas desesperaron de la salvación de España, y aquellos en quienes ardía el deseo de independencia hubieron de pensar en aprovecharse de lo dispuesto por la misma Regencia en 14 de Febrero de 1810, para pedir á Cisneros la creación de una Regencia, á lo que tuvo la debilidad de acceder Cisneros, quien á poco vió ya no sólo discutida y negada la legitimidad de dicha Regencia por el doctor Castelli, en 22 de Mayo, sino á este mismo patriota, pedir la independencia de Buenos Aires y por consiguiente la destitución del virey, pero la enérgica intervención de Villota arrojó al mismo Castelli que redujo su petición á reclamar la destitución del virey. Al pasarse á votación la proposición de Castelli, el jefe de la escuadra engañado por las aparentes muestras de adhesión á España de los reunidos, que venían á componer como un Congreso, tanto como por lo convencido que estaría de la nulidad del virey, votó por su destitución, decidiendo su intervención el asunto, resultando ciento ocho votos por el virey y ciento cincuenta en contra.

Sin embargo, en este día los hábiles políticos buenos aireños que llevaban de oculto sus manejos revolucionarios, no hicieron mas que pedir la creación de una Junta, de la que se daba la presidencia á Cisneros, pero una vez sentado el precedente de que podían ya los junteros cambiar la forma de gobierno, y ser obedecidos hasta por el Virey, nada ni nadie debía oponerse, como sucedió tres días después que la cosa se simplificó y fuese formalmente separado de todo gobierno el virey Cisneros, y se creara un verdadero gobierno provisional, compuesto de Castelli, Saavedra, Belgrano, Azcue-naga, Alberti, Mateu y Larrea, del que eran secretarios Moreno y Paso.

Tres días después, Liniers que se había retirado á Córdoba, recibía de Cisneros noticia de todo lo que había pasado y la renuncia del mando que el virey hacía en su favor, para que pudiera restablecer con su prestigio y simpatías el orden y las autoridades legítimas. Al mismo tiempo la Junta de

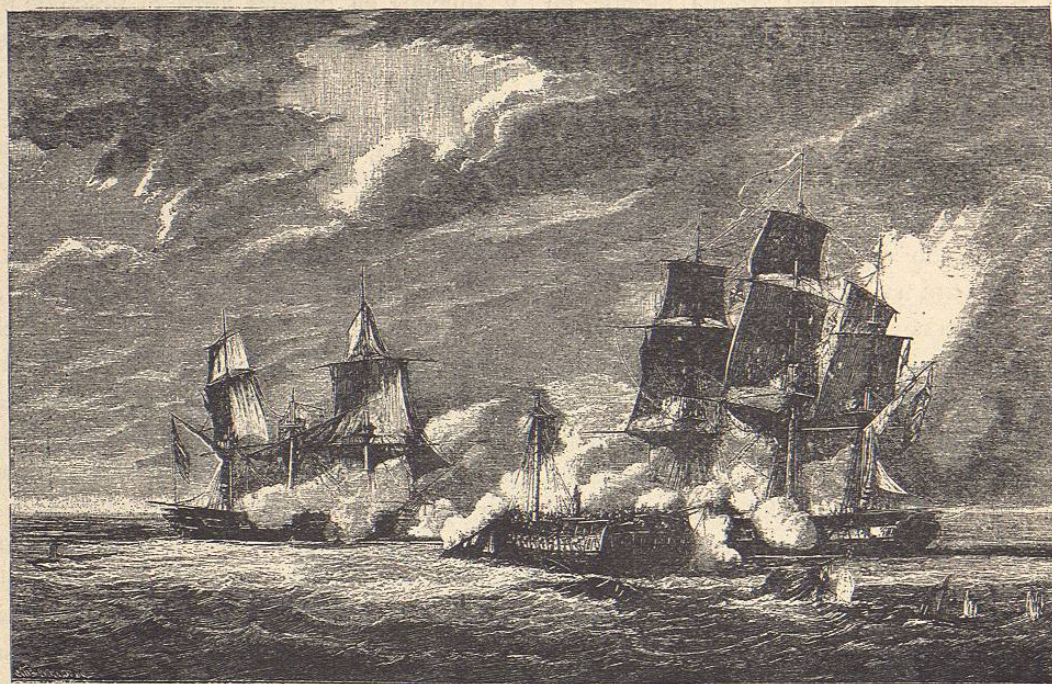


Buenos-Aires le escribía en nombre de Fernando VII, de quien se amparaba para cubrir sus designios y le rogaba ó intimaba que se estuviera quieto, amenazándole con la ruina de su numerosa familia.

Liniers, propuso desde luego á las autoridades de Córdoba, abandonar la ciudad y retirarse al Perú, para organizar allí un ejército, con el cual, se pudiera restablecer la situación política de Buenos Aires, pues declaró que no tenía confianza alguna

en la guarnición de Córdoba; pero se opuso el dean Funes, entusiasta partidario de la independencia del Plata, no con la intención de convencer á Liniers, diciéndole que sólo su presencia bastaba para mantener á Córdoba en quietud, sino para organizar á tiempo unas partidas que atajaran el paso á Liniers y á los que con el escapasen.

Cuando Liniers vió que se le quería cerrar el paso de Ambargarta, llamó á Córdoba á todas las tropas de la provincia para defenderse y forzar á



Expedición de Miranda á Caracas

los revoltosos, pero estas tropas, gentes del país, se desbandaron desde luego y Liniers no pudo contar mas que con sus oficiales, todos europeos, á quienes citó para el Perú, procurando todos escapar por caminos de travesía.

Liniers, el obispo de Córdoba, Orellana, el gobernador Gutiérrez de la Concha y otros hasta el número de siete que con él iban, cayeron á los ocho días de marcha en manos de Balcarce, á quien el general Ocampo, que mandaba ahora en Córdoba, por la Junta de Buenos-Aires de donde había salido con su gente, para asegurarse de Liniers, había enviado en su seguimiento; pero no fueron las acertadas disposiciones de Balcarce, sino la traición que dió el resultado indicado.

Llevaba á los siete Balcarce, presos y de regreso á Córdoba, cuando en Cabeza de Tigre (casualidad de nombre) recibieron los presos la visita de Caste-

lli, Peña y el coronel Freneh, á quienes acompañaban algunos soldados. Castelli les dijo á los presos que iban á morir en el acto, y que sólo el obispo y su capellán quedaban exceptuados. Inútiles fueron los ruegos del obispo y del capellán para impedir el asesinato de sus cinco compañeros, lo único que pudieron conseguir fué que se les dejase todavía dos horas de vida para reconciliarse con Dios, pero en modo alguno se les concedió que pudieran hacer testamento. Dos horas después Castelli veía caer á sus piés á Liniers, Concha, Rodríguez, Allende y Moreno.

Tuvóse secreto cuanto tiempo se pudo, acto tan atroz é injustificable, preveyendo el horror que había de inspirar al hacerse público, y aunque algo se sospechaba, los acontecimientos distraían la atención con hechos gravísimos.

En efecto, acababa de llegar á Montevideo de

España una fragata con el reconocimiento del Consejo de Regencia instituido en Buenos-Aires, y que ya hemos dicho como acabó, y con las más alhagüeñas noticias de la heroica resistencia de España, causando todo ello en Montevideo el más grande entusiasmo.

Había, pues, llegado el momento decisivo para los patriotas de Buenos-Aires, ó someterse y reconstruir el Consejo de Regencia y jurarle fidelidad como se había hecho en España, ó rebelarse. Acordada la rebelión se llamó á la Audiencia y al virey á junta en el fuerte, y ya allí, Castelli y Mateu les intimaron la orden de abandonar la Plata, y como

ya preveían la negativa, una balandra inglesa, que estos servicios nos prestaban nuestros aliados los ingleses, dispuesta á todo, recibió á las primeras autoridades del país, que de esta suerte quedaban expatriadas.

Este atropello produjo de un lado en Montevideo la mayor consternación, mientras del otro alentaba á los patriotas que querían que se reconociera el gobierno de la Junta de Buenos-Aires. El principal obstáculo que estos encontraban era en la marina, obstáculo que había aún crecido con lo que acababa de pasar en Buenos-Aires, porque los buques que allí teníamos se retiraron á Montevideo; siendo



Marcha de Castelli al Alto Perú

este cuerpo contra el que se dirigieron las maquinaciones de los patriotas. Murriundo, comandante del cuerpo de infantería del Río de la Plata, creyó que si ganaba á la causa nacional á Balvín, éste arrastraría á su hijo Luís, y al efecto, preparó unas entrevistas en casa de Cervia, hijo de Buenos Aires, donde vió coronados sus propósitos.

Resueltos á dar el golpe el día 11 de Julio de 1810, principiaron á moverse Murriundo y Balvín padre, quien gozaba de la mayor consideración en la ciudad por sus prendas personales y una residencia de cincuenta y tres años, hasta inspirar temores á Soria gobernador de la ciudad, el cual ordenó á Murriundo la abandonase y marchara á Maldonado de coronel, pero éste estaba ya por desobedecer, y resuelto á todo hizo que se reunieran los batallones de milicia, hecho lo cual, á la mañana del siguiente día intimaban los comandantes Murriundo y Balvín, y los mayores Murillo y Balvín hijo, á Soria, la orden de que se embarcase aquel mismo día la mari-

na y con ella el mayor de plaza Ponce de Leon que estaba siempre sobre sus pasos. Pero las autoridades españolas por su parte no se habían dormido y casi á la vez principió el desembarque de toda la gente de mar, lo mismo de la de guerra que mercante, marchando resuelta al ataque de los cuarteles en donde tenían sus tropas amotinadas Murriundo y Balvín, cayendo todos prisioneros sin combate, con lo que se logró apaciguar todo el territorio de la banda oriental.

Soria, creyendo que su falta de autoridad no le imponía otra cosa que conservar á la metrópoli á Montevideo, no hizo nada hasta esperar órdenes del nuevo virey, cuyo cargo recayó en Elio que había pasado á España, de donde regresó á Montevideo á fines de 1810. La llegada de hombre tan enérgico é intolerante había de ser precisamente fecunda en novedades, sin embargo, Elio, ante la gravedad de las circunstancias, principió por mostrarse prudente y conciliador y al efecto ofreció á los de Buenos-